

JORGE AGUILAR MORA

SUEÑOS
de la RAZÓN

1799
y
1800

UMBRALES DEL SIGLO XIX

Ediciones  Era

www.edicionesera.com.mx

A Diego

Al lector

Sueños de la razón. Umbrales del siglo XIX: 1799 y 1800 es la primera entrega de un proyecto que se propone reflexionar sobre hechos, ideas, estados de ánimo, sentimientos, tendencias históricas del siglo XIX, año por año. Dado que en la época estaban divididas las opiniones sobre cuándo terminaba el siglo XVIII y cuándo empezaba el XIX, en este volumen se incluyen los dos posibles umbrales de este último siglo.

Cada capítulo reproduce la visión de un testigo anónimo y ubicuo ante lo acontecido en el año respectivo. Incluidos están hechos de todo tipo: sucesos, libros o cartas escritos o publicados en ese período, y también ideas, estados de ánimo o sentimientos vigentes en el momento. El narrador tiene los límites temporales de cualquier observador, como nosotros en nuestro tiempo: puede dar testimonio de lo que ha ocurrido ese año y relacionarlo con cualquier hecho o suceso del pasado; pero carece del poder de narrar el futuro.

Las crónicas no pretenden cubrir el contenido total del año respectivo: la selección de lo acontecido corresponde más bien a una evaluación, a la construcción de una imagen entre una infinitud de otras posibles, a una perspectiva. El límite es el presente: ni en 1799 ni en 1800 se sabía aún que una piedra recién encontrada en Rosetta permitiría descifrar los jeroglíficos egipcios. Sí se podía o se creía saber lo que habían hecho George Washington y el Chevalier de Saint Georges, que acababan de morir.

La elaboración de este proyecto se ha fundado y apoyado en los textos mismos del siglo XIX. Por ello, al principio de cada capítulo, a modo de epígrafes, se presentan algunos que han servido de base para la crónica y la reflexión del año respectivo. De esa manera, el lector puede tener acceso inmediato a las ideas básicas comentadas.

A lo largo de los años de investigación, ha sido inevitable incorporar a la perspectiva que dan los textos de la época otros proyectos teóricos e históricos posteriores, del siglo XX y del siglo XXI, indispensables ya como horizontes y guías de la reflexión. El lector encontrará las referencias a estos libros con una ojeada a la bibliografía de cada año.

Un dilema de nomenclatura se destacó en la redacción de estas crónicas: los nombres propios de muchos personajes y los de algunas ciudades. Actualmente se habla de Federico Hegel, pero no de Jorge Guillermo Federico Hegel, y mucho menos de Georg Wilhelm Friedrich Hegel. En muchos casos se traduce el nombre propio del autor, lo cual habla de la fama o de la familiaridad que ha adquirido en nuestra cultura. En otras ocasiones, se abrevia el nombre. En la traducción de la *Fenomenología del espíritu* publicada por el Fondo de Cultura Económica, se usan sólo iniciales: G.W.F. Hegel.

Sin embargo, ¿cómo se puede medir la fama o la familiaridad? Uno de los autores más conocidos de la literatura occidental, Goethe, nunca se presenta con el nombre de Juan Wolfgang Goethe... que sería, además, una forma híbrida; porque... ¿cómo traducir Wolfgang? ¿Y qué decir de Federico Guillermo José Schelling? ¿Y por qué al músico más famoso de Occidente, cuando se dice su nombre completo, no se le llama Luis de Beethoven?

El caso de los nombres de ciudades (sobre todo las alemanas) es un poco distinto: muchas se conocen con un nombre hispanizado, como Colonia, Hamburgo, Maguncia, Tubinga, Gotinga, Friburgo; pero muchas otras no: Weimar, Heidelberg, Freiberg, Königsberg... No conozco libro donde se diga que Kant vivió siempre en Monterrey, ciudad del oriente de Prusia (aunque en estas crónicas se aludirá en alguna ocasión a este filósofo con el gentilicio de “regiomontano”, pero sólo a manera de juego). El caso de Freiburg (Friburgo) es curioso: en muchos textos, no alemanes, se le confunde con Freiberg (cuyo nombre no se hispanizó). Para nuestra historia, la distinción es fundamental porque en Freiberg estaba la escuela de minas donde estudiaron, entre otros, Alexander von Humboldt y Novalis.

Mi hipótesis es la siguiente: cuando el español era la lengua dominante de Europa tenía la suficiente autoridad para traducir los nombres extranjeros que consideraba necesarios: por ejemplo, la “Selva Negra” (Schwarzwald: en el siglo XVI, “selva” era el término más ade-

cuado para lo que hoy traduciríamos como “bosque”). Sin embargo, no lo hizo con todos. La historia no ha sido consistente en este terreno. Y los criterios varían, incluso en nombres tan conocidos como el río Rhin, que también se escribe *Rin*.

He mantenido, pues, el nombre de los personajes o autores en su idioma correspondiente. En el caso de las designaciones geográficas, he recurrido al nombre hispanizado cuando éste ha adquirido cierta consistencia en su uso. En los demás casos, he dejado el nombre en su forma original.

Aunque el narrador es responsable de cada una de las palabras del texto y de la selección y orden de hechos, ideas, libros y temas, en general sus opiniones están siempre sustentadas en diversas fuentes. He omitido los llamados a notas para no interrumpir el flujo de la lectura ni desviar la atención del lector. Todas las referencias se encuentran en la bibliografía, siguiendo el orden de su aparición en el texto. La falta, en algunas ocasiones, de una referencia a páginas específicas se debe a que he tomado ideas generales u opiniones diseminadas a lo largo del libro citado.

Este proyecto nació cuando nació mi hijo, Diego, en 1992. El libro es suyo.

1799

Lucinde y Julius miraban por la ventana del pabellón, refrescándose, en su ligera vestimenta, con el aire frío de la mañana. Estaban perdidos en la contemplación del amanecer que todos los pájaros recibían con una alegre canción.

“Julius –preguntó Lucinde– ¿por qué siento esta profunda nostalgia en esta maravillosa tranquilidad?”

“Sólo en la nostalgia encontramos la paz –respondió Julius–. Sí, sólo hay tranquilidad cuando a nuestro espíritu nada lo turba en su anhelo y en su búsqueda de sí mismo; sólo entonces podemos encontrar que no hay nada más allá de nuestra propia nostalgia.”

“Sólo en la tranquilidad de la noche –dijo Lucinde– brillan y resplandecen la nostalgia y el amor con tanto fulgor y plenitud como este sol glorioso.”

[...]

“Sólo en la noche –dijo Julius– el pequeño ruiseñor canta sus quejas y sus profundos suspiros. Sólo en la noche se abren las flores tímidamente y exhalan su dulce fragancia para embriagar al espíritu y a los sentidos con el mismo deleite. Sólo en la noche, Lucinde, fluyen divinamente de los labios el hondo fuego del amor y su atrevida elocuencia, que, durante el quehacer del día, cierran con delicado orgullo su dulce santuario.”

Friedrich Schlegel, *Lucinde*

*

La Filosofía de la Naturaleza, en tanto que se opone a la filosofía trascendental, se distingue fundamentalmente de ésta por el hecho de que postula a la naturaleza (no en la medida en

que sea un producto, sino en la medida en que es al mismo tiempo productora y producto) como aquello que es autosuficiente, de tal manera que, en pocas palabras, se le puede llamar el espinosismo de la física [...] El primer problema de esta ciencia, la búsqueda de la causa absoluta del movimiento (sin ella, la naturaleza no tiene nada de total y no está cerrada sobre sí misma), de ninguna manera debe resolverse de forma mecanicista, porque la mecánica siempre hace nacer al infinito [a partir] del movimiento [...] Nosotros no conocemos sólo esto o aquello; más bien, conocemos primordialmente sólo gracias a la experiencia y por medio de la experiencia, y en ese sentido el conjunto de nuestro conocimiento no consiste sino en proposiciones empíricas. Estas proposiciones empíricas se vuelven proposiciones *a priori* sólo porque tenemos conciencia de ellas en tanto proposiciones necesarias [...] la diferencia entre las proposiciones *a priori* y *a posteriori* no es una diferencia que originalmente pertenezca a las proposiciones mismas, como algunos han supuesto. Por el contrario, es una diferencia que sólo se hace con respecto a nuestro conocimiento y a la manera en que conocemos a partir de estas proposiciones, de tal modo que toda proposición que es para mí histórica, empírica, se vuelve una proposición *a priori* a partir del momento en que logro, inmediata o mediatamente, comprender su necesidad interna. Ahora bien, debe existir la posibilidad general de conocer cada fenómeno natural primordial como puramente necesario.

En efecto, si no hay en la naturaleza ninguna contingencia, entonces ningún fenómeno primitivo de la naturaleza puede ser contingente; [...] si en cualquier totalidad orgánica todo se comporta y se sostiene en reciprocidad, entonces esta organización, como totalidad, debió preexistir a sus partes: el todo no pudo provenir de sus partes; al contrario, las partes debieron provenir del todo. Así pues, no somos nosotros los que conocemos la naturaleza *a priori*, es la naturaleza misma la que es *a priori*, es decir, que toda realidad singular en ella está previamente determinada por el todo o por la idea de una naturaleza en general [...] Como cualquier otra ciencia, ésta no se contenta con lo hipotético ni sólo con lo probable, ella tiene como objetivo lo evidente y lo cierto. Ahora bien, podría ser que estemos seguros que cada fenómeno natural está encadenado a las condiciones últimas de una naturaleza. Puede ser que ignoremos

esta cadena de eslabones; o que ella esté enterrada en lo más profundo de la naturaleza. Descubrir estos eslabones es la tarea de la investigación experimental.

F. W. J. Schelling, *Introducción al esbozo de un sistema de la Naturphilosophie*

*

Todas las cosas suceden en nosotros mucho antes de tener lugar.

Vivificar todo es la finalidad de la vida.

El que sabe producir un conocimiento debe también saber producir una ignorancia. Porque cualquiera que puede hacer concebible una cosa debe asimismo poder volverla inconcebible. El maestro debe transmitir al mismo tiempo una ciencia y una nesciencia.

Sólo podemos devenir en la medida en que ya somos.

Novalis, "*Otros fragmentos*"

*

Felizmente para la vieja condición política sobresalió entonces [después de la Reforma] una nueva orden, gracias a la cual el espíritu agonizante de la jerarquía hizo aparecer sus últimos destellos. La orden tomó a su cargo el reino del Papa y su poderosa regeneración, con una nueva fuerza de antigua disposición, y con una visión y una insistencia maravillosas, y más astutas que nunca. En la historia del mundo nunca había aparecido una sociedad como ésta [...] Para siempre será esta sociedad un modelo de todas las sociedades que sienten un deseo orgánico de difundirse incesantemente y de durar eternamente, pero también para siempre será una prueba de que una época desbocada basta para destruir las más astutas empresas y de que el desarrollo natural del género en conjunto inevitablemente hace fracasar el desarrollo artificial de sólo una parte. Todo individuo por sí mismo tiene su propia medida de habilidad, sólo la capacidad del género humano es ilimitada. Los

proyectos que no se diseñen a partir de todos los recursos de la humanidad fracasarán. Todavía más valiosa será esta sociedad como madre de las llamadas sociedades secretas, que todavía no han madurado, pero seguramente será un verdadero germen histórico. Con seguridad, ni el nuevo luteranismo, ni el protestantismo son capaces de mantener una peligrosa rivalidad. La magia de la fe católica se volvió más firme bajo su mano; los tesoros de la ciencia regresaron adonde ellos estudiaban. Lo que se perdió en Europa, muchas veces buscan ellos recobrarlo en otras partes del mundo, en las lejanas tierras de oriente y occidente [...] Los Estados católicos, y especialmente la Sede papal, les deben a ellos, y sólo a ellos, haber sobrevivido a la Reforma [...] Actualmente, esta orden temible duerme, y en qué estado lamentable en los confines de Europa. Pero ¿tal vez resurgirá un día con el pueblo que la proteja, quizás con otro nombre, para difundirse de nuevo por su vieja patria?”

Novalis, “La Cristiandad o Europa”

*

Reverendo:

Lamento que se haya disgustado con el mundo espiritual, y sobre todo si yo debo asumir la responsabilidad. Siento mucho que sus ideas y las mías sobre la Pintura Moral difieran tanto que usted haya llegado a enojarse con mi método de estudio. Si me equivoco, me equivoco en buena compañía. Yo hubiera esperado que su plan comprendiera todas las especies de este Arte y especialmente que usted no rechazara que esa especie que le da existencia a todas las otras, es decir, las Visiones de la Eternidad. Usted dice que yo quiero que alguien elucide mis ideas. Pero usted debería saber que lo que es Grande es necesariamente oscuro para los débiles. No me interesa aquello que se puede hacer explícito para los tontos. Los más sabios de los Antiguos consideraban que lo que no era demasiado Explícito era lo más adecuado para la Instrucción, porque despierta las facultades para la acción. Me refiero a Moisés, Salomón, Esopo, Homero, Platón.

Pero como usted ya me ha favorecido con sus opiniones sobre mi Dibujo, permítame defenderlo en contra de una opinión errónea, aquella que dice que yo he supuesto que la Malevolen-

cia no tiene Causa. ¿No es acaso el Mérito de uno una Causa de Envidia en otro; y la Serenidad, la Felicidad y la Belleza, una Causa de Malevolencia? Pero al deseo de dinero y a las necesidades de un Ladrón no se les puede atribuir el ser la Causa de su Robo, porque mucha gente honesta puede sufrir estrecheces más grandes con Fortaleza. Por lo tanto, debemos buscar la Causa en otra parte, no en el deseo de Dinero, ya que éste es la pasión del Miserable, no la del Ladrón.

En consecuencia, he probado que su Razonamiento no tiene las proporciones debidas, cosa que no se puede decir de mis imágenes. Éstas son las de Miguel Ángel, Rafael, y la Antigüedad, y los mejores Modelos vivientes. Me doy cuenta de que su mirada está deformada por las Caricaturas, que no deberían abundar como abundan. Me gusta divertirme, pero divertirse demasiado es lo más despreciable de todo. La alegría es mejor que la diversión y la felicidad es mejor que la alegría. Yo sé que un Hombre puede ser feliz en Este Mundo. Y yo sé que Este Mundo es un Mundo de Imaginación y de Visión. Todo lo que pinto lo veo En Este Mundo, pero no Todo el mundo ve igual. Para los ojos de un Miserable una Guinea es más hermosa que el Sol, y una bolsa raída por el uso de Dinero tiene proporciones más hermosas que una Viña colmada de Uvas. El árbol que a unos les provoca lágrimas de alegría puede ser para otros sólo una cosa Verde que se interpone en el camino. Algunos ven a la Naturaleza toda Ridícula y Deforme, y yo no voy a regular mis proporciones de acuerdo con éstos; y hasta hay aquellos que simplemente no ven a la Naturaleza. Pero a los Ojos del Hombre de Imaginación, la Naturaleza es la Imaginación misma. El hombre ve según lo que es él mismo. Así como se forma su Ojo, así se forman sus Poderes. Usted sin duda se Equivoca cuando dice que las Visiones de la Fantasía no se encuentran en Este Mundo. Para Mí Este Mundo es Una ininterrumpida Visión de la Fantasía o de la Imaginación, y Me Halaga cuando me lo dicen. ¿Qué es lo que coloca a Homero, Virgilio y Milton en un sitio tan alto del Arte? ¿Por qué la Biblia Entretiene e Instruye más que cualquier otro libro? ¿No es acaso porque están dirigidos a la Imaginación, que es una Sensación Espiritual, y sólo mediatamente al Entendimiento de la Razón? Ésa es la Verdadera Pintura, y eso es lo único valioso para los Griegos y para los mejores Artistas modernos. Piense en lo que dice Lord

Bacon: “Los sentidos se dirigen a la imaginación antes de que la razón juzgue, y la razón se dirige a la imaginación antes de que la sentencia se convierta en acto” (Vea *Advancement of Learning*, Part 2, p. 47 de la primera edición).

Pero me siento feliz de encontrar una Gran Mayoría de Mortales que pueden Elucidar mis Visiones, y Particularmente han sido Elucidadas por Niños, que se han deleitado contemplando mis pinturas mucho más de lo que yo hubiera esperado. Ni la Juventud ni la Infancia es Tontería o Incapacidad. Así como hay Niños tontos, también hay Viejos tontos. Pero una gran Mayoría está del lado de la Imaginación o de la Sensación Espiritual [...]

William Blake, fragmento de carta
al Reverendo Dr. John Trusler, 23 de agosto

*

Newton publicó, hacia fines del siglo XVII, el descubrimiento de la gravedad universal. A partir de entonces, los geómetras [los matemáticos] han logrado incorporar a esta ley de la naturaleza todos los fenómenos conocidos del sistema del mundo, y dar de esa manera a las teorías y a las tablas astronómicas una precisión inesperada. Yo me propongo presentar bajo un mismo punto de vista estas teorías dispersas en un gran número de obras. Este conjunto de todos los resultados de la gravitación universal sobre el equilibrio y sobre el movimiento de los cuerpos sólidos y fluidos que componen el sistema solar y los sistemas semejantes extendidos en la inmensidad de los cielos es el objeto de la *Mecánica celeste* [es decir, la aplicación de los principios de la mecánica al movimiento y las figuras de los astros]. La astronomía, considerada de la manera más general, es un gran problema de mecánica, en el cual los elementos del movimiento son [las cantidades fijas arbitrarias] las variables. Su solución depende al mismo tiempo de la exactitud de las observaciones y de la perfección del análisis. Resulta extremadamente indispensable eliminar todo empirismo y realizar completo el análisis para que no sea necesario sacar de la observación sino los datos indispensables. Esta obra está destinada a cumplir, en la medida de mis posibilidades, este objeto tan interesante.

Pierre Simon de Laplace, *Traité de Mécanique Celeste*

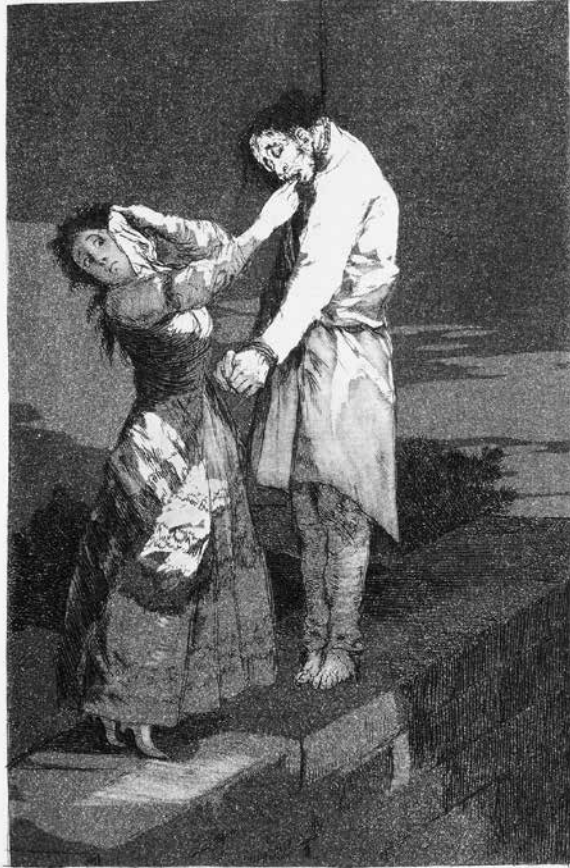
*

Los cónsules de la República a los franceses.

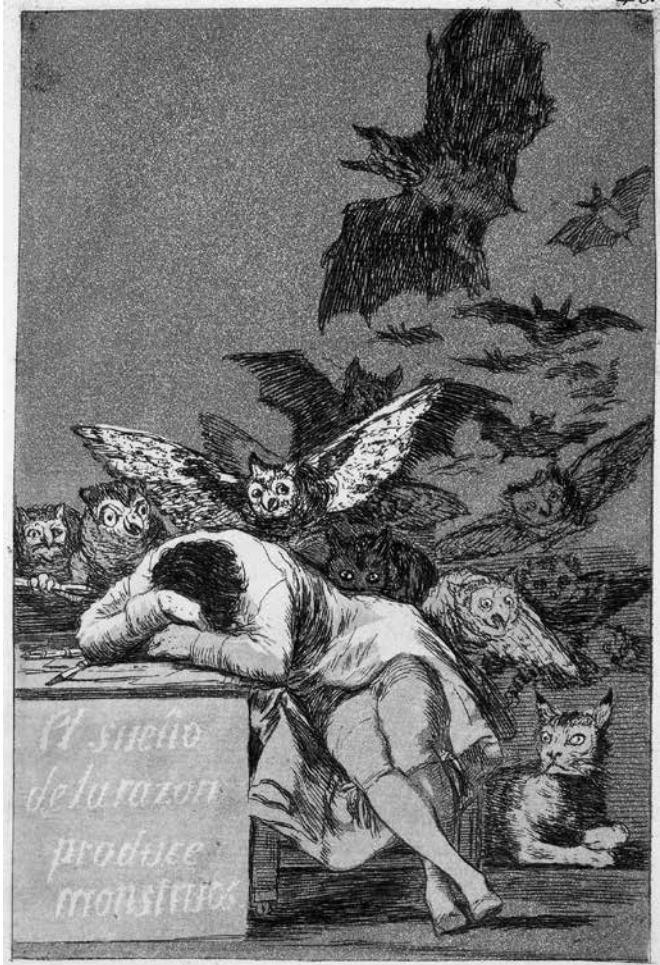
Aquí se les ofrece una Constitución. Con ella terminan las incertidumbres que el gobierno provisional introducía en las relaciones exteriores, en la situación interior y militar de la República. – En las instituciones que establece ella coloca a los primeros magistrados cuya devoción parece necesaria para su actividad. – La Constitución se funda en los verdaderos principios del Gobierno representativo, en los derechos sagrados de la propiedad, de la igualdad, de la libertad. – Los poderes que ella instituye serán fuertes y estables, como deben ser si quieren garantizar los derechos de los ciudadanos y los intereses del Estado. – Ciudadanos, la revolución está unida a los principios con los que ha empezado: la Revolución ha terminado.

Proclamación de los Cónsules de la República
Del 24 frimario, año VIII (15 de diciembre de 1799)

*



A caza de dientes.



Es el 31 de diciembre de 1799...

Ya se oyen los gritos de entusiasmo, los estallidos de las luces, y hasta algunas campanadas ansiosas de participar en la celebración. Es el último día del año 1799. Para muchos, es también el último día del siglo. Otros, racionalistas con las matemáticas en la mano, insisten en que el siglo XVIII no termina sino hasta el año próximo, el 31 de diciembre de 1800. Fuera de las discusiones de los sabios, la mayoría se entrega a las celebraciones de esta noche como las del verdadero final de siglo. No importa si las cuentas lo ignoran o lo niegan. Los números por sí mismos son bastante sugerentes, y así la imagen del 99 se asocia inevitablemente a un final. La mayoría de la gente no espera demostraciones, se deja llevar por la imagen y no quiere correr el riesgo de perderse un acontecimiento que casi todos vivirán una sola vez.

Las últimas décadas están pobladas de revoluciones sociales, industriales, científicas, filosóficas. Sin duda, la más imponente y significativa es la que ya se conoce, sin posible ambigüedad, como la Revolución francesa, que ha cambiado profundamente a esa nación, que ha desequilibrado las relaciones de poder en Occidente, que ha producido a Napoleón Bonaparte, una combinación de talento militar con astucia política, sin rival en Francia, y quizás tampoco en toda Europa; que ha consumado hechos que se creían imposibles, sobre todo en el cadalso de la guillotina, y en los decretos de las asambleas populares: entre ellos, la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. Es indudable que, en razón misma de su inquietante ambigüedad y de su virtual creatividad, varias de las ideas de este documento tienen una fuerza que no se agotará fácilmente: la naturalidad de los derechos, la nación como residencia de la soberanía y la ley como expresión de la voluntad general son algunas de ellas. También la Revolución ha intensificado no sólo la rivalidad de Francia con Inglaterra, sino la de todas las potencias europeas entre sí, revelando, paradójicamente, ese impulso común de los países del continente europeo por apoderarse del planeta.

En esta voluntad de expansión hay que incluir a la nación emergente de Estados Unidos de Norteamérica, cuya competencia con Europa no oculta su sentido misionero de conservar y prolongar los valores cristianos occidentales. En España, la reticencia a asumir integralmente las tendencias del siglo XVIII ha producido ya sus efectos:

la nación con el imperio más extenso se ha convertido en un peón manipulado, con turnos, por Francia e Inglaterra. La corrupción, que en otros países es igual de rampante, ha debilitado particularmente a España, deshaciendo el tejido social y la arquitectura política.

En gran parte de Europa, las guerras de religión contribuyeron a los avances en la técnica militar y a la consolidación de naciones en las cuales se impusieron sistemas de representación social en el cuerpo del Estado. Esta consolidación ha permitido una mejor adaptación a los cambios políticos, así como el incremento de las investigaciones científicas y sus aplicaciones a los instrumentos bélicos e industriales: las academias de fundación privada –más que las universidades públicas– han enfatizado durante décadas la necesaria confluencia de la teoría con la práctica. Además, los más capaces estudiosos de las matemáticas y de los fenómenos físicos son protegidos por los gobiernos para la enseñanza en exclusivas escuelas de las diferentes ramas del ejército.

Las campañas de Francia e Inglaterra en el Cercano Oriente traducen a términos militares la tendencia europea de ya larga duración a distinguirse del resto del mundo, y por lo tanto a imponer con violencia sus valores, a través de una nueva etapa de colonización. Sin embargo, dentro de esa tendencia, la rivalidad entre las distintas potencias por la supremacía es y tendrá que ser implacable. En Egipto se libra una competencia estratégica que tiene como horizonte el dominio del Lejano Oriente, y que es vital para la presencia inglesa en la India; pero al mismo tiempo es la postergación de una guerra que comenzó hace siete años y que inevitablemente regresará al continente, su escenario decisivo.

Después del fracaso del sitio de Saint-Jean-d’Acre, Bonaparte regresó a Egipto, quizás ya decidido a dejar personalmente la campaña y retornar a Francia, de donde le llegaban noticias no muy alentadoras sobre la situación política y militar. Con la flota inutilizada por Nelson, no había posibilidades de embarcar al ejército. A fines de agosto, el general francés salió con una pequeña escolta y, para evitar la vigilancia de la marina inglesa, siguió un itinerario lo más cercano posible a la costa africana. Finalmente pisó tierra en Francia a principios de octubre. Dejó atrás un ejército desmoralizado, sin objetivos claros, o con la única misión de sostener sus posiciones, conteniendo el avance de los turcos y de los ingleses.

Sin embargo, Bonaparte fue recibido en Francia como héroe. Parecía que nadie quería saber qué había quedado detrás o que todos sólo querían recordar el gran triunfo de la batalla de las pirámides, pero no la destrucción de la flota en Aboukir, ni el fracaso del sitio de Saint-Jean-d’Acre. Un periódico en París anunció: “El héroe que comenzó esta serie de triunfos y que se ha vuelto tan glorioso, Bonaparte, regresa victorioso del Oriente...”

Sin duda, la negación de la realidad y la intensidad de este entusiasmo proceden de la fama que se ganó el joven general en Italia hace dos años, después de la firma del tratado de Campo Formio. Pero lo que sucedió este año, al regreso de África: celebraciones en todas las ciudades que atravesó, obras de teatro dedicadas a sus hazañas (el 11 de octubre se estrenó en Lyon, en su presencia: *El héroe retorna de Egipto*), no se puede explicar si no se reconoce que en estos dos años Napoleón, con la ayuda de la prensa y de personajes bien colocados en diferentes ámbitos y capas sociales, ha mantenido una verdadera campaña victoriosa para imponerse como la figura pública más popular de Francia: se habla de su modestia, de sus conocimientos enciclopédicos, de sus hazañas (algunas imaginadas, como un viaje en el Montgolfier); y sobre todo se difunde su persona en estampas y canciones populares que recorren las calles y entran a todas las casas de la nación.

A su llegada a París, el héroe declaró que venía preparado para defender la Constitución. En vez de defenderla y salvarla, conspiró para dar un golpe de Estado, el 18 Brumario (9 de noviembre), disolviendo el Directorio y creando el Consulado –falso triunvirato que finalmente lo coloca en la cima del poder militar y político. En la noche del mismo día en que se consumó el golpe, Bonaparte dirigió una proclama al pueblo francés. Aunque apenas parece iniciar su carrera política, el general de sólo treinta años muestra ya en sus declaraciones rasgos muy distintivos de retórica: es hiperbólico, ampuloso y truculento; se coloca sin pudor en el centro de todo lo que sucede, se contradice con gusto y hasta con alarde; y, sobre todo, usa el lenguaje sentimental para mejor seducir y engañar.

En esa proclama, fechada el 19 Brumario, habla de cómo, al regresar a París, encontró que “la Constitución estaba medio destruida” y que, por lo tanto, se propuso salvarla. Era una justificación y un

engaño de político astuto: en menos de cinco semanas tuvo lista otra Constitución, en la que se menciona “la devoción” de los primeros magistrados y se declara pomposamente: “Ciudadanos, la revolución está unida a los principios con los que ha empezado: la Revolución ha terminado”.

Los cónsules de la República –y en especial Bonaparte– han sopeado bien la trascendencia del término “Revolución” y saben que tiene un aura particular y contradictoria. Por ello, le rinden tributo a la obra que el pueblo francés ha realizado y celebran sus honras fúnebres, que la nación reconocerá como merecidas. Bonaparte también parece enterado del sentido original del término: movimiento cíclico de un fenómeno o de un cuerpo estelar. El ciclo se ha cumplido, según él, y con el nuevo documento legal, la Revolución ha retornado a su punto de partida: sus principios. La etimología se ha vuelto una paradoja.

Sin embargo, hay muchos que no creen, como Bonaparte, en esa órbita cíclica, y menos en la muerte, de la Revolución. La mayoría de ellos seguramente no considera que ésta deba manifestar su vitalidad con el poder de un Comité de Salud Pública; pero sí estima que ha habido cambios irreversibles en estos últimos años, y que la continuidad de ellos no es otra cosa que la permanencia de la Revolución, y no una vuelta a sus principios, como si no hubiera pasado nada. Si el golpe de Estado y la primacía de la figura de Bonaparte significan la destrucción de la República, no serán suficientes los principios para perpetuar la obra de la Revolución. O quizás lo que Napoleón no quiere reconocer es que los principios revolucionarios subsisten, no por ser el fundamento de un sistema político, sino por la fuerza que originalmente los hizo ser lo que son.

La Revolución ha dejado de ser un acto, un conjunto de fines políticos y sociales, y se ha convertido en un proceso, en una fuerza constante de transformación. Sin embargo, para percibir la pervivencia de ese proceso –por debajo de todas las operaciones que se emprenderán para detenerlo– se necesitará reconocer que los acontecimientos tienen también una vida oculta que fluye con otro ritmo y con una dirección que desconocemos. Es como si hubiera un genio del tiempo que utilizara los actos –incluso los más contradictorios– para lograr sus propios fines.

Pero ¿cuáles fines?